

LA RESURRECCIÓN DEL BOHEMIO URDANETA

por Edmundo MONTAGNE

Muchos artistas de los pueblos continentales, desde Méjico hasta Chile, y no pocos de la misma madre patria, miran a Buenos Aires como la posible Meca de sus devociones, y se vienen aquí, a través de las tierras o los mares, absorbidos en el miraje de su fantasía.

Y, como París, no a todos sus adoradores les es propicia nuestra gran capital, donde el producir artístico y literario abunda, ciertamente, pero más en razón del millón y medio de sus habitantes que como consecuencia de su extendida cultura.

Los que aquí bregamos hace años, lo sabemos, y consideramos con un poco de pena el arribo de los que traen excesiva ilusión.

No todos estos nostálgicos de un mundo de arte plantan su tienda lírica y se quedan. Muchos son los que se marchan, y no siempre por las vías de la vida, que son aún las de la esperanza.

Ismael Urdaneta fué uno de esos peregrinos del ensueño y la belleza que desde su lejana Venezuela vió en Buenos Aires su Eldorado. Y hacia aquí se vino, allá por el bullanguero año del centenario de mayo. Paseó por nuestras calles su chambergó y su capa mosquetearies. Quiso sonreír a la indiferencia de la ciudad y dijo que era magnífica la "libertad de vivir" que reinaba en Buenos Aires: "nadie se preocupa de uno".

Esta sonrisa, hija del sentimiento optimista del que llega, hablaba a las claras de la fe que el gallardo mozo se tenía, y además indicaba la seguridad que da el tener la escarcela no sólo repleta de versos, sino también de dineros.

Pero Urdaneta era bohemio. Porque para ser bohemio no es necesario ser pobre. Esto de tener la pasión del andar incierto del aventurero, a fuer de una *indolencia* de espíritu que anhela emplearse en bellas y sorprendentes hazañas, es cosa antes que nada de temperamento. Se es bohemio porque se nace. Y así Urdaneta buscaba en vano pretextos para justificar su abandono de la patria, donde tenía una madre a quien quería como se debe querer siempre a una madre, donde quedaba una novia a la que adoraba como puede adorar un poeta a la mujer que cifra las bellezas y las virtudes todas del universo, donde era rico y admirado y respetado... Sus excusas de nada valían a sus amigos bonaerenses. Que se metió en política y le fué mal... Que sus camaradas de poesía lo traicionaron...

Lo único cierto de su destierro era que el vagabundeo daría a su alma la nostalgia de cuanto dejaba, y hallaría la incertidumbre y el asombro y posiblemente la lucha heroica por donde fuese.

Y bastó el presentimiento de todo eso, poesía pura, quijotismo, quimera, maravilla, para decidirse. Y abandonó el paterno y sosegado lar.

Pero uno de los asombros primeros del poeta no fué de los más gratos. La indiferencia de la urbe por su persona y por sus versos, pase: él la vencería al cabo. El asombro que no buscó y vino a su encuentro fué el de notar cómo sus lindos, sus áureos bolívares se trocaban día a día en vulgares billetes que se llevaba el viento. Y conoció al fin la dura estrechez. Abandonó el suntuoso hotel y compartió largo tiempo



la bohemia de otro visionario de la gloria apolínea. Hasta que, fastidiado de un vivir sin laureos que recoger, sin proezas que realizar, se lanzó de nuevo a la vagancia.

Del Uruguay, de España nos fué dado recibir por un tiempo sus cartas. Venían llenas de la poesía que arrancaban a su alma los hallazgos fraternos. Por todas partes, gracias a Dios, había hermanos en el ideal. Pero el bohemio caballeresco iba más allá, más allá... ¿en busca de qué? ¿Por qué no volver donde la novia

constantemente cantaba en sus versos suspiraba por su bien; donde su madre, que tuteló siempre, en retrato y seguramente en espíritu, su sueño de andariego, le esperaba en la santa paz de flores y sonrisas que nimbaban la casa hidalga?

De pronto nadie supo más de él, y sólo la reproducción en tal o cual revista de alguna de sus poesías de "Siembra y Vendimia" tenía la virtud de recordárnoslo en su rincón de la mala hora bonaerense, leyéndonos con más encanto que sus sonetos las cartas de la novia o tañendo en la guitarra los aire venezolanos. Hasta que de pronto, hace ya dos años, unos periódicos que traían nóminas de americanos caídos en la guerra, lo dieron por muerto en el Bosforo, al asaltar una trinchera turca. El alma intensa y hazañosa de Urdaneta no había podido resistirse a la tentación de pelear en la gran guerra que tenía por campo de sus hechos la faz de más de un continente. La emoción embargó el ánimo de quienes aquí llegaron a quererlo. Y César Carrizo le dedicó en "Nosotros" una bellísima página. En ella decía: "Yo podría escribir una novela increíble con las confidencias sentimentales, políticas y revolucionarias de Ismael Urdaneta. En verdad que la merece, porque era un personaje central, un tipo extraño, aventurero, esgrimista, dadasco, músico y, sobre todo, hidalgo." ¡Escribir una novela! ¡Si que lo podría Carrizo, hoy más que nunca, al enterarse, quizá

por este artículo mío, de que Ismael Urdaneta fué novelesco en su realidad, más inverosímil que la vida ficticia de ningún personaje de novela; ¡pues Urdaneta resucitó! Acaba de testimoniármelo Leopoldo Durán, poniendo en mis manos uno de los últimos números de "El Fígaro", revista ilustrada de la Habana, la que inserta "El Martirio de la Esperanza", tres sonetos precedidos de una breve misiva del bohemio. Dehajo de esas líneas que firma como los sonetos, el andariego y belicoso poeta puso: "Sidi Bel, Abbe, Argeria, marzo, 1919", y al pie de los sonetos, junto a su nombre, esto otro: "Ejército francés de Oriente, 1919."

El martirio de la Esperanza

SE LA MUERTE LA MUERTE COMO EL FUEGO
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE

SE LA MUERTE LA MUERTE COMO EL FUEGO
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE

SE LA MUERTE LA MUERTE COMO EL FUEGO
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE

SE LA MUERTE LA MUERTE COMO EL FUEGO
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE
EN LA MUERTE DE LA MUERTE EN LA MUERTE